

9 de febrero de 1982

Decidí encerrarme bajo llave. Es la única manera de mantenerme a salvo ahora que está de regreso. Les diré que estoy enferma o algo así. De cualquier modo, lo más probable es que ni siquiera se den cuenta de que no estoy ahí. Todo con tal de no tener que toparme con *ella*. Con tal de no tener que enfrentarla, verla a los ojos, oír su voz. Sí, encerrarme es la solución.

De hecho, estar aquí arriba es genial. Soy la única que tiene su propio baño. Me encanta tener la habitación más alta de toda la casa porque alcanzo a ver las ramas de las copas de los árboles que están afuera. Puedo ver a los pájaros que pasan volando, veloces y libres. Sin ninguna preocupación.

Y desde aquí veo las casas donde vive la gente real, las personas normales. A veces los veo en las mañanas abriendo las cortinas aún adormilados, sacando las bolsas de la basura en bata, dejando salir a sus gatos, alimentando a los pájaros. En el verano, invitan a sus amigos y se escuchan las risas bulliciosas y el tintineo de los vasos en los jardines, y en los días calurosos veo a los niños que gritan y chapotean en piscinas inflables o retozan en sus triciclos. Ya sabes, personas reales,

normales, con familias reales y normales. Claro que, a veces, se vuelve demasiado y tengo que ignorarlos también.

Sí, no está mal aquí arriba. No será nada difícil quedarme encerrada.

10 de febrero de 1982

Hoy empecé a crear otra figura. Moldeé el cuerpo, los brazos y las piernas. La estoy haciendo pequeña, como un niño. Todavía no estoy segura de quién será.

Hasta el momento, parece que me estoy saliendo con la mía. Bajo cuando sé que las otras niñas están viendo la televisión y Kathleen, vestida con su delantal, está ocupada recogiendo el comedor. Ella sabe. Sabe que no voy a bajar a comer con las demás y que voy a traer la misma charola de ayer para reabastecerla de pan, paquetes de galletas, yogures y manzanas. Ella sólo me observa, me hace un guiño y me deja seguir adelante. Kathleen me cae bien. Es linda.

Pero incluso durante esos cinco minutos del día que me toma bajar sigilosamente por las escaleras, el miedo me enferma. Mis palmas se cubren de sudor pegajoso, mi corazón bate en mis oídos y, aun cuando estoy de regreso y fuera de peligro, mis manos se tardan en dejar de temblar.

Es una sensación que he tenido durante meses. La última vez que una familia la adoptó, pude respirar de nuevo. Sentí como si hubiera estado aguantando el aliento durante años. Las otras niñas no fueron exactamente amigables después de que se fue; pero dejaron de

molestarme. No hablan conmigo porque no reciben respuesta, así que simplemente actúan como si yo no estuviera ahí. Como si fuera invisible. Eso hace que me sienta sola, pero estoy acostumbrada. La soledad no es nada en comparación con el miedo aplastante que siento cuando *ella* está aquí, en Thornhill.

Puedo entender por qué la adoran. Si tuvieras que describirnos, las primeras palabras serían las mismas. Dos chicas de trece años, rubias y de ojos azules. Aunque mi cabello es largo y lacio. El suyo es rizado y se mece de un lado a otro con naturalidad. Mis ojos son pequeños y ojerosos. Los suyos son grandes y redondos y bonitos. Yo siempre tengo el ceño fruncido. Ella parece una muñeca de mejillas sonrosadas. Las otras la siguen como cachorritos, desesperadas por contagiarse de un poco de su belleza, por impresionarla para que las recompense con una de esas hermosas sonrisas. Por suerte para mí, aún no la he visto; creo que me está ignorando. A veces la escucho caminar por el corredor de abajo: el sonido familiar de sus pisadas y sus carcajadas cuando está con sus viejas amigas o, si está sola, el pum, pum, pum en cada puerta por la que pasa. Entonces también me pongo a temblar. A veces me despierto a media noche con ese sonido inundando mi cabeza. Ese pum, pum, pum me llena de terror aun en sueños.

Pum, pum, pum. Me quedo tendida en la cama, helada por el miedo y los recuerdos.

Pum.

Pum.

Pum.

16 de febrero de 1982

Me estoy hartando de comer pan y yogur.

17 de febrero de 1982

Hoy empecé a leer *El jardín secreto de nuevo*. Lo leí hace años, pero ya se me habían olvidado muchas partes. Se trata de una niña que también se llama Mary y sus padres mueren justo al principio de la historia, así que está sola, como yo. Pero ella puede hablar cuando quiere, así que tal vez no sea como yo. Se supone que es la heroína, pero para ser una protagonista, es muy antipática. Tiene apariencia enfermiza: piel pálida y amarillenta, facciones afiladas. Siempre está de malas con todo el mundo. Me gusta que no es de esas típicas niñas bonitas que siempre son amables y pacientes a pesar de todos los tormentos que han tenido que enfrentar. Sólo que la vida no es así. Por lo menos no la mía.

A esta Mary también la molestan otros niños. Le cantan una cancioncita infantil —“Mary, Mary, la descontenta”—, pero ella simplemente los ignora. Para ser honestos, hasta yo podría ignorar que me insultaran o me pusieran apodos.

He decidido que mi nueva marioneta será de la señorita Mary, la descontenta. En cuanto regresé de la escuela, me hice tumbé en el piso de mi cuarto, al pie de la ventana, y me puse a trabajar con la plastilina, pellizcándola y moldeándola hasta que empezó a aparecer una cabeza. Fue bastante complicado darle forma a la cara

tal como me la imaginaba: la nariz y la barbilla puntiagudas, los ojos hundidos y pequeños. Pero lo disfruté. Es raro cómo se va la tarde cuando estás concentrada en algo.

A veces me pregunto cómo sería mi vida sin mis muñecos. Pienso en las otras niñas que no sienten pasión por crear o imaginar y me pregunto qué harán con su tiempo. Me pregunto si se aburren. Yo nunca me aburro. Aprendo cosas nuevas todo el tiempo, no sólo sobre distintos tipos de marionetas de todo el mundo y de todas las épocas, sino también sobre cómo hacer cuerpos y figuras pequeñas, así como ropa y pelo y ojos y zapatos. Y me encanta estar rodeada de las cosas que he hecho. Reposan en las repisas que están sobre mi cama, en mi librero, cuelgan del techo y se balancean en el alféizar de mi ventana; mis marionetas son como amigos que se sientan a mi alrededor y me hacen compañía. Me observan mientras trabajo en sus compañeros o añado nuevos diseños e ideas a mi cuaderno de dibujo. Creo que a algunas personas les inquietaría tener todos estos ojos fijos en ellas, pero a mí no. Cuando bajo al comedor y veo esas fotografías viejas de niñas sin nombre que han vivido aquí durante los últimos cien años, todas alineadas en grupos fantasmales, sí me da miedo. Pero mis marionetas me consuelan. De alguna manera, aunque casi siempre estoy sola, rodeada de mis marionetas me siento acompañada.





2017
ABRIL





¡NO PASAR!!

